

canas eran acciones demoníacas. Muchos autores combinaron ambas explicaciones al plantear el origen de las religiones americanas. Así Acosta que, aunque se inclina por la intervención demoníaca, no deja de apreciar los restos de una religión natural, fruto del primer conocimiento de Dios, entre los americanos.

Gómez Díez destaca la importancia concedida por teólogos y cronistas a la idolatría demoníaca y, en un momento del discurso, la enlaza con las tesis bíblicas sobre el pecado de idolatría (p. 165). A mi entender, este horizonte veterotestamentario que hereda el cristianismo, es un punto clave para captar el impacto de las religiones americanas en la teología del XVI, tema que esta monografía se había propuesto. Por ello, merecería un desarrollo mayor y más central, que aclararía muchos de los juicios sostenidos por teólogos, misioneros y cronistas. Es más, también aportaría una buena perspectiva de fondo al examinar en el capítulo VIII los temas «Redención» y «esfuerzo evangelizador». Otro tema importante y que, tal vez en un estudio posterior, podría desarrollarse con mayor amplitud es el ya apuntado de los *semina Verbi* y su percepción por la teología académica del momento.

El A. contrapone teología académica a la teología misional. Y lo hace en el contexto del debate acerca de la salvación de los paganos que se remonta ya a Agustín de Hipona. Como se sabe, la primera generación salmantina se mostró unánime en este punto, discrepando de la posición que sostendría años después José de Acosta. Es la polémica sobre la necesidad de medio (o no) del acto de fe explícito (o implícito) en la divinidad de Jesucristo. Acosta se apartó de los primeros maestros salmantinos y apostó por la necesidad de conocer expresamente a Cristo para salvarse. Aunque la posición acostiana pueda parecer, a priori, un tanto rigorista, es más consecuente que la doctrina salmantina, que postula como dos formas de fe: una primera fe para la justificación y una segunda fe para la salvación..., lo cual resulta un tanto pintoresco, si se contempla a la luz de la tradición de la Iglesia y, sobre todo, tridentina.

Otro tema estudiado por Gómez Díez es el tan debatido «éxito» de la evangelización. Siguiendo la metodología con que encara el trabajo, apunta tres respuestas en los autores estudiados: el optimismo de los misioneros mexicanos de primera hora: Motolinía, Mendieta (quien clama por la continuidad de lo logrado ante el debacle demográfico de los indígenas que presencia); el pesimismo más radical, que vendría representado por Las Casas, Sahagún y por el cronista peruano Bartolomé Álvarez; y la tesis equilibrada de Acosta.

Gómez Díez ha sabido divulgar un tema de gran interés, no sólo para el historiador de la teología, sino también para los lectores cultos curiosos por conocer los primeros pasos de la evangelización americana. El resultado es un libro lúcido y de lectura muy amena.

Elisa LUQUE ALCAIDE

Andrew GREELEY, *The Catholic Imagination*, University of California Press, Berkeley 2000, 23 ilustraciones en b/n, 213 pp.

En un estudio sobre la imaginación analógica, David Tracy observó que los artistas y teólogos católicos tenían una tendencia a subrayar la presencia de Dios en el mundo mien-

tras que los protestantes tendían a subrayar su ausencia y distancia del mundo. En este libro, Greeley acepta esa tesis para ver cómo se forma el imaginario católico. El creyente católico vive en un mundo en el que la presencia de Dios y su gracia lo permea todo. Las imágenes sagradas, el agua bendita, las medallas y los rosarios, y toda una lista de objetos son una expresión de la fuerza con que el católico cree en la encarnación de Dios. La humanidad de Cristo ha cambiado todo y lo ha hecho con tanta intensidad que el mundo no ha perdido su «encanto», a pesar de la profecía de Nietzsche.

Greeley, que es sacerdote, profesor en la Universidad de Chicago, muy respetado como sociólogo de la religión, y novelista de éxito popular, hace un análisis del «imaginario católico» siguiendo prácticas centrales de la cultura católica como son la celebración de los sacramentos, la comunidad, la fiesta religiosa, el deseo sagrado y el amor maternal de Dios. Greeley no condena otros tipos de imaginario, ni dice que el católico sea mejor que el protestante, pero sí que son diferentes. Aun así, no hay duda alguna de que Greeley se alegra de ser católico y es imposible leer este libro sin sentir la misma alegría y satisfacción. Si su fe le sitúa en un mundo «encantado», en donde a pesar de los pesares y pecados impera el amor y la fidelidad de un Dios que es Padre, los católicos deberían estar encantados de vivir en él. Y de hecho lo están, como prueba con una documentación estadística obtenida, en su mayor parte, de estudios independientes como los que la General Social Survey ha hecho todos los años, desde 1972, o los de la National Science Foundation, y otros organismos internacionales.

Las «coincidencias sugestivas», como dice Greeley con cautela científica, son realmente fascinantes. La visión sacramental que su fe inspira lleva a los católicos (no quiere decir, desafortunadamente, a todos los católicos) a ver lo divino en lo humano, ya sea en el amor conyugal, en la comunidad de vecinos, en la estructura jerárquica de su Iglesia, etc., obtienen el resultado manifiesto de que tienden a gozar más de la vida, aún en la enfermedad o pobreza, a ser más comunitarios, más inclinados a la amistad, a entenderse mejor con otras personas, a frecuentar museos, teatros y bares, y sin duda, a ser más optimistas a la hora de pensar en la salvación. Tienen una imagen de Dios romántica, como un amante maravilloso y fiel. La devoción a María, la Madre de Jesús (Greeley insiste en que de ninguna manera se ha perdido entre la juventud católica), sigue siendo de importancia fundamental y colorea a la divinidad con la ternura y misericordia de una mujer y madre.

Aparte de los datos estadísticos que Greeley usa con gran efecto, el libro tiene considerable interés en lo que se refiere a la transmisión de la fe, y lo convierte en una lectura importante para los que, de una manera u otra, enseñan la fe católica sean obispos, sacerdotes, maestros en escuelas o catequistas en parroquias. Aunque se esté mejorando mucho, es cierto que la mayoría de los fieles católicos en los bancos de las iglesias no leen con frecuencia o entusiasmo las encíclicas papales o los documentos del Magisterio, y quizá tampoco están muy versados en la Escritura o en el nuevo Catecismo. Sin embargo, su imaginación católica nace casi en la infancia y en la niñez, y a poco esfuerzo que hagan los padres o abuelos o los maestros en la parroquia y en la escuela, siguen nutriéndola de manera genial y con alimento imperecedero. Son los seres más cercanos al niño los que con las historias y relatos evangélicos, la celebración de la Navidad en el hogar, el agua bendita y el escapulario, las primeras comuniones, las imágenes de las iglesias y catedrales, y mil maneras más, van for-

mando un tesoro mental que no se pierde nunca y que forma lo que Greeley llama con acierto «el imaginario católico».

Se queja el A. de que, a menudo, los sacerdotes, teólogos, obispos, están un tanto desfasados del auténtico sentir del pueblo cristiano. Por ejemplo, aunque la predicación y actitud del clero hacia el matrimonio solía ser antaño un tanto puritana, describiéndola como vocación de segunda clase, la mayoría de los fieles cristianos no lo han vivido así (gracias a Dios), y han visto en su amor humano un destello del amor apasionado de Dios.

Greeley ha escrito un libro de sociología de la religión lleno de interés y cuyas páginas transpiran la belleza y humanidad, el atractivo y alegría de la fe cristiana.

Álvaro DE SILVA

Carlos LÓPEZ PEGO, *La Congregación de «Los Luises» de Madrid. Apuntes para la historia de una Congregación Mariana Universitaria de Madrid*, prólogo de José María García Escudero, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999, 288 pp.

Carlos López Pego, jesuita y autor de un estudio histórico sobre el Colegio San José de Villafranca de los Barros, lleva a cabo en las páginas que reseñamos una interesante y ágil aproximación a la vida y evolución de la Congregación de Nuestra Señora del Buen Consejo y san Luis Gonzaga, llamada familiarmente de «Los Luises». El estudio comprende el periodo que media entre la fundación, que probablemente data de 1864, y decididamente desde la inauguración de su Residencia de la calle de Zorrilla, el 21 de junio de 1896, hasta la clausura de ésta el 21 de junio de 1965.

En el prólogo, José M. García Escudero nos presenta la congregación de Madrid como la respuesta que la Compañía de Jesús dio a los distintos, e incluso contradictorios, acontecimientos que se produjeron a lo largo de los últimos cien años en España. Ciertamente, a lo largo de la obra se percibe cómo López Pego mantiene siempre una mirada atenta al contexto eclesial, político y social de la España de la época, en el que procura encarnar su relato.

El autor destaca cinco etapas en la historia de la Congregación, que corresponden a los cinco capítulos en los que está dividido el libro. La primera abarca los años 1882 a 1899, los llamados tiempos fundacionales. Un recorrido por los números de la revista *Adalid*, periódico bisemanal católico y literario, órgano escrito de la Congregación, descubre los orígenes y el asentamiento de la congregación, en la que resalta la labor directora del P. Cándido Sanz.

La segunda época, desde principios de siglo hasta el año 1930, se nos presenta como un periodo en general tranquilo, en el que la congregación aumenta, se reorganiza y da origen a otras obras. La más significativa, sin duda, es la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, impulsada por el P. Angel Ayala. La revista *Estrella del Mar*, órgano de prensa de ámbito nacional de las Congregaciones Marianas, es una de las fuentes principales para conocer esta etapa.